

Escuchaban allí sabios consejos!

Detúvose en Sicar algunos días

A sus habilitadores convirtiendo.

En santas y.

De la verdad el fruto recogiendo.

"Es el Hijo de Dios, es el Mesías."

LAS BIENAVENTURANZAS.

"Yo seguiré sus pasos desde ahora."

Jesucristo permaneció dos días en Samaria, despues de los cuales siguió su camino hácia Galilea.

Caná y todos los pueblecillos que tocó en su tránsito, fueron testigos irrecusables de la grandeza de su poder.

Una multitud de milagros hechos á la luz del dia y entre millares de gentes que le seguian, patentizaban lo grandioso de su nombre, lo inmenso de su poder, y la gran bondad y misericordia con que miraba las penalidades físicas y morales de la humanidad.

Caná vió la curación del hijo de un Régulo, y la de un poseído.

Mas adelante Cafarnaun presencia entre otros mil prodigios, la curación de la suegra de Pedro, que violentamente libre de la fiebre, pudo ella misma servirle la comida á Jesus.

Mudos, ciegos, sordos y tullidos, se vieron á la palabra de su boca ò al simple contacto de su divina mano, libres del mal que les aquejaba.

Hallándose una tarde á orillas de Cafarnaun, bajo la sombra de un abeto, cuyas frondosas ra-

mas balanceándose en el aire, le guarecian de los rayos del sol, brotó de sus lábios un sermon, cuya apología es quizá una de las que mas asombran en su portentosa vida.

Sublime manantial de promesas, á través de cuyo fondo cristalino, se ve como complemento de ellas, el premio sin igual prometido por su divina boca al que, obrando bien, no se desvie del sendero que le ha trazado la virtud.

Este bellissimo sermon, que los católicos aprendemos en nuestros primeros años, es conocido con el nombre de *Bienaventuranzas*.

¡Cuánta virtud, cuánta moral, cuánta ternura, en fin, se encierran en los ocho artículos que las componen!

Bienaventurados los pobres de espíritu. ¿Y quiénes son los pobres de espíritu?

Los pobres de espíritu, son aquellos que viviendo siempre agradecidos á su Dios y Señor, no murmuran nunca de su pobreza, sino que al contrario, la bendicen como venida que es de sus divinas manos.

Pobres de espíritu son: los que despreciando la pompa y vanidades del mundo, ni buscan, ni desean la grandeza, cuyo brillo deslumbrador es para ellos ráfaga brillante, que destumbrará á la vista y aumentará la sed del corazón.

Pobres de espíritu, en fin, son los ricos y potentados que viviendo en la opulencia, en medio de las comodidades y de los honores del mundo, aman la pobreza y no se desdeñan de la amistad del pobre; sino por el contrario, le protejen, le

miran como á su hermano, y se sientan en el humilde banquillo de su choza con la misma alegría con que descansaran en el alcázar de un príncipe.

¡Bienaventurados porque de ellos es el reino de los cielos!

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

La humildad es el fundamento de todas las demas virtudes; es como la fuente cristalina que da vida á los plantíos, ó como la lluvia del cielo que callendo sobre los campos, hace que se cubran de flores matizadas.

El que es manso, esto es humilde, huye la alabanza agena y evita la propia: es como las violetas, humildes florecillas, que perfuman el campo ocultas bajo el follaje de otras plantas.

El humilde, el verdaderamente humilde, se coloca en el último lugar, no por mera fórmula, sino porque cree que no es merecedor del primero.

¡Benditos los humildes! porque es su herencia la patria celestial!

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Las lágrimas del arrepentimiento son perlas de inestimable precio á los ojos del Altísimo: ellas suben á través del incienso y, puras y cristalinas como el rocío matinal, van á regar al pie del trono donde recide el Padre amoroso y tierno, cuyo corazón y cuyos brazos se hallan siempre abiertos para recibir al pecador que arrepentido, llora lágrimas de verdadera contrición.

Bienaventurados los que han hambre y sed

de justicia, porque ellos serán hartos.

“Quien tenga hambre y sed, dice Jesucristo, venga á mí”

Jesucristo es el sustento espiritual de las almas.

¡Bienaventurado será, quien tiene hambre y celo por la gloria del Señor: quien pasa la vida en continuo deseo de poseerla y suspirando por el feliz instante en que su alma, rompiendo las redes que la aprisionan en este valle de dolores, pueda volar á la presencia de su Creador!

¡Hartos se verán de su gloria, los que tienen hambre porque se obre toda justicia!

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Quien se compadrece de las miserias ajenas y procura remediarlas; quien ve con lástima y sin vituperio los descarríos de sus semejantes; quien pudiendo castigar al que le hizo un daño, usa con él de misericordia y le perdona, hallará en Dios gran misericordia, cuando tenga que comparecer en su presencia.

¡Bienaventurados los que saben compadecerse y perdonar!

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

“Ninguna cosa manchada entrará al reino de los cielos, dice Jesucristo; así pues, lo que esté manchado habrá de purificarse con el arrepentimiento.”

¡Una alma pura que, huyendo del pecado, sabe conservarse en la gracia y amistad del Señor,

tarde ò temprano recibirá su recompensa, porque será digna de verle, de contemplar su grandeza y de ensalzar su gloria en union de los ángeles!

¡Felices los que puedan presentarse sin mancha á los ojos del Señor!

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Las almas justas que, huyendo la corriente de los vicios, lo ven todo con resignacion, sin alterarse por los males recibidos, ni ensoberbecerse por los bienes adquiridos; que conservan la paz de su alma, á traves de las vicitudes humanas, y procuran la paz de los otros, poniendo todos los medios que para ello son necesarios; esas son verdaderamente hijas de Dios.

¡Llenos serán de gloria los que viven en la paz del Señor!

Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia y virtud, porque de ellos es el reino de los cielos.

Desgraciados podriamos llamarnos, si nuestra vida fuera una cadena de flores, en la que no se encontrara una sola espina. Dios en su sabiduría inmensa, ha querido que el tesoro de su gloria cueste algo: no puede comprarse con oro, ni con honores, ni con valimientos; se compra, sí, ó mejor dicho, se gana con lágrimas, con virtudes y con buenas obras.

Una corona de sufrimientos será substituida por una de perlas preciosas, siempre que esos sufrimientos sean llevados con paciencia.

Los santos, no fueran santos, si no hubieran

sufrido por amor de Dios, ya el martirio, ya las persecuciones, calumnias, afrentas y cilicios.

El Santo Job, se vió reducido á tener por habitacion un establo, y á verse en él injuriado, no solo por sus amigos, sino por su misma esposa.

Cuanto mas grandes sean los sufrimientos, si los recibimos como de la mano de Dios, mas grande será el mérito, y mas grande todavía la recompensa; porque Jesus lo ha dicho: "El que padezca por mi amor, será bienaventurado!"

Despues que Jesucristo concluyó de hablar sobre las bienaventuranzas, aun continuó predicando largamente sobre otras cosas.

Su santísima palabra tenia el don de atraer y cautivar; así es, que nadie le escuchaba una vez, sin quedar con el deseo de volver á oirle.

Continuamente se apiñaba el gentío en torno suyo; pero prosigamos adelante.

Jesus llegó á Cafarnaun, donde le esperaban multitud de enfermos, á quienes dejó sanos y libres del mal que padecian.

Una tarde se embarcó en el lago de Genezaret con sus tres discípulos, Pedro, Juan y Santiago, que se hallaban pescando á la orilla, hacia gran rato.

Cuando estuvieron en el barco, se quejaron al Señor de no haber sacado ni un pescado en toda la tarde.

Entónces el Señor, dirigiéndose á Pedro, le dijo: "Echa tu red al mar."

Pedro obedeció; y al instante sacó la red; pero era tanta la multitud de pescados que habia en

ella, que casi se rompía, y fueron suficientes para llenar dos barcos.

Pedro asombrado, calló á los pies del Salvador confesando su omnipotencia; mas El le dijo: "En lo de adelante dejarás los peces para otros, y tú seguirás siendo pescador de hombres."

Volvióse á Cafarnaun, donde permaneció algunos días, despues de los cuales se encaminó al lago de Genezaret por segunda vez.

SUPLICA

¡Oh Dios, todo bondad y misericordia! que viniendo al mundo para redimirle con el precio de tu sangre santísima, quisiste primero, por medio de tus sábias predicaciones, manifestarnos que tu divina ley es suave; y que observándola tendríamos por premio la bienaventuranza. Haz que en mi corazon se graben de tal manera tus preceptos, que ni el tiempo, ni las costumbres, ni el ejemplo de los que errados se han separado de tu Iglesia, sean capaces de arrancarlos de mi corazon. Amén.

CANTO XIII.

LA BARCA.

De Genesar el lago plateado y puro brilla,
De Genesar el lago sereno y claro está:
Los tules caprichosos se mecen á la orilla,
Se mecen á la orilla del lago Genesar.

En su brillante espejo, cual juguetonas ninfas,
Las rizadoras ondas se miran resbalar;
Y besan su ribera las azuladas linfas,
Las azuladas linfas del lago Genesar.

Las garzas, las patudas, los cisnes de colores,
Cual hábiles remeros, se acercan á pescar;
Y nadan á flor de agua los patos nadadores,
Los patos nadadores del lago Genesar.

De nacaradas conchas bordada está la arena,
Y los pescados blancos al sol se ven brillar,
Y allá á lo lejos se alza carnívora ballena,
Carnívora ballena del lago Genesar.

Ya el sol su frente oculta del mar entre las ondas,
Y de oro se abrillantan las olas al rodar,
Y de tisú se forman cascadas en las blonads,

Cascadas en las blondas del lago Genesar.

Y diez ó doce naves, rasgando el agua mansa,
Se alejan de la orilla marcando un luminar;
Arroja en torno perlas el agua que arremansa,
El agua que arremansa, del lago Genesar.

En la espumosa nube que forman las estelas
Los ojos del pescado se miran fosforear:
El fuerte viento á poco comienza á inflar las velas,
Las velas que atraviesan el lago Genesar.

Jesús con sus discípulos camina en una nave;
Mas quédase dormido cercano á un cabezal:
A poco entre los cúmulos, del trueno la voz grave
Temblar hace las aguas del lago Genesar.

Rompiendo los relámpagos la masa negra, oscura,
Serpientes de aereo fuego se miran culebrear:
La quilla de la nave azotan con pavora
Las enojadas ondas del lago Genesar.

Despréndense brillando, de entre el nublaje pardo,
Tupidas gotas de agua remedo del cristal;
Y tuerce, allá á lo léjos, su cuello el blanco nardo,
Y aléjanse las garzas del lago Genesar.

Y silba entre las jarcías, los mástiles y lonas,
El viento desatado que anuncia el vendaval;
El viento que se choca de dos distantes zonas
Sobre el airado espejo del lago Genesar.

Los remos y timones, por adiestradas manos,

Sobre las ondas turbias se ven allí jugar;
Mas los esfuerzos que hacen de salvacion son va-
;Ya miran los Apóstoles la nave zozobrar! [nos...

Se acercan pavoridos á su Señor que duerme,
Y cuyo dulce sueño no osaban perturbar;
Con rostro cadavérico, de miedo casi inerme,
Mirando la borrasca del lago Genesar,

«¡Ah! salvanos, le dicen, Señor, que perecemos!
«La nave combatida muy pronto se hundirá:
«Si tú no lo remedias, que vernos hoy tendrémós
«Sepultos en la tumba del lago Genesar!»

Los grande ojos garzos Jesús abriendo luego
Les dice: «La tormenta pudisteis enfrenar:
«La fé es para las almas, lo que al jardín el riego;
«Sin ella buenos frutos jamás habreis de dar.

«¿Ni cómo creer pudisteis, que estando entre vo-
«La barca destrozada llegárase á mirar? [sotros,
«¡Dejad tan poca fé, dejadla para otros
«A quienes mi palabra no llegue á iluminar!»

Les dijo; y extendiendo sus manos portentosas,
Los vientos y las olas, y el trueno hizo callar:
Cesaron los relámpagos, las ondas estruendosas,
Y vióse luego en calma el lago Genesar.

Y todos asombrados, remando hácia la orilla,
Llegaron á Gerasa, bellísima ciudad;
Y absortos se contaban la grande maravilla
Que obrara en la borrasca del lago Genesar.